www.loqueleo.com/es

Título original: NO GUN FOR ASMIR
© 1993, Christobel Mattingley
© 1995, Elisabeth Honey
© De la traducción: 1995, María Luisa Balseiro
© De esta edición:
2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-195-1
Depósito legal: M-9.295-2017
Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: febrero de 2019
Más de 24 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Asmir no quiere pistolas

Christobel Mattingley

Ilustración de cubierta
de Juan Ramón Alonso

loqueleo

A las familias de refugiados de todo el mundo,
en especial a la de Asmir y otras de Bosnia,
y a los padres que no pudieron salir,
en especial a Muris.

Este libro narra una historia real. Los personajes son personas reales. Como yo no estaba con ellos cuando escaparon, para algunos detalles y episodios he utilizado mi imaginación y mis propias experiencias en la antigua Yugoslavia, Hungría y Austria. Las familias me autorizaron a contar su historia con la esperanza de que ayude a otras personas a comprender. Después la han leído y me han dado su aprobación.

El 6 de abril de 1993, Melita dijo: «Es un milagro que estemos vivos y aquí en Viena. Es un milagro que Muris y su madre estén vivos en Sarajevo. Este libro llegará al corazón de quien lo lea; por eso, con que solo lo lean un centenar de personas y las conmueva, será más importante que un plan de paz oficial».

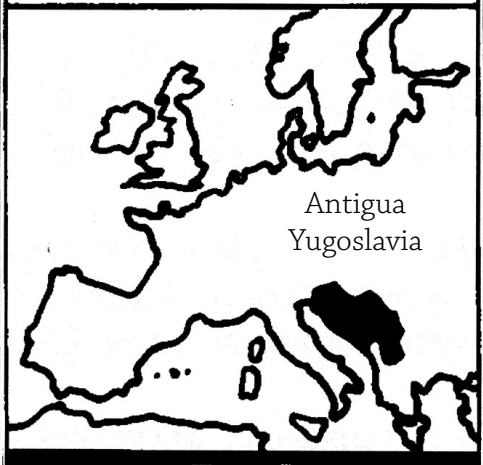
CHRISTOBEL MATTINGLEY

DE SARAJEVO A VIENA

Frontera de la antigua Yugoslavia

Ruta de Mirsada, la abuela, Asmir y Eldar

Ruta de Milan



AUSTRIA

Chris y Matthias esperaron aquí.

ESLOVENIA

Rijeka

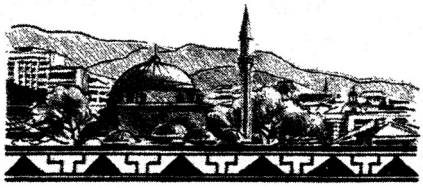
MAR ADRIÁTICO

ITALIA

Milan y su madre se embarcaron aquí.

Viena
Budapest
Aquí empiezan una vida nueva.
RUMANIA
HUNGRÍA
Asmir estuvo aquí en casa de Melita y Miroslav.
VOIVODINA
CROACIA
BOSNIA-HERCEGOVINA
Sarajevo
Split
SERBIA
BULGARIA
MONTENEGRO
KOSOVO
Asmir vivía aquí. Muris está aún aquí.
ALBANIA
GRECIA

Sarajevo



Asmir es de Bosnia-Herzegovina. Este nombre parece un trabalenguas para los que no lo conocen. Pero Asmir nació en Sarajevo. Y en su lengua el nombre «Bosnia-Herzegovina» resbala como la salsa cremosa y suave y la carne tierna y sabrosa de la lasaña que hace su abuela.

Asmir recuerda que en invierno la nieve brillaba sobre las montañas que rodean Sarajevo. Y en verano los árboles de las laderas se mecían como olas verdes. Las cúpulas de las mezquitas lucían como luna entre las casas, y los minaretes se recortaban sobre el cielo. Por la mañana, al mediodía y al atardecer, la llamada de los muecines a la oración resonaba en toda la ciudad.

Muris, el padre de Asmir, era abogado en Sarajevo. La madre de Asmir, Mirsada, era ingeniera química y trabajaba en una fábrica de chocolate. El hermano de Asmir, Eldar, era todavía muy pequeño: solo tenía un año.

Pero Asmir tenía muchos otros compañeros de juegos. Todos los días se veían en el parque del barrio, y echaban carreras entre los árboles, jugaban al escondite, montaban en los columpios y el balancín, se perseguían y rodaban por la hierba y se divertían mucho.

Hasta que un día llegó la guerra a Sarajevo. Aparecieron centenares de soldados que disparaban rifles y ametralladoras. Las calles retemblaron al paso de los tanques y sobre la ciudad volaron aviones que lanzaban bombas.

A Asmir el olor a quemado le revolvió el estómago y el humo le escoció en los ojos. Cuando vio que su amigo el cartero estaba tirado en medio de la calle, con todas las cartas saliéndose de la bolsa, su corazón se estremeció. Ya no se podía hacer nada por el cartero.

Asmir recogió las cartas, que tenían manchas de sangre, y fue a la dirección de algunas para entregarlas, pero las casas estaban ardiendo o solo quedaban en pie las paredes. Corrió a su casa sin soltar los sobres arrugados. Su abuela le lavó las manos y le hizo tortitas para cenar, que era lo que más le gustaba. Pero aquel día no pudo cenar: las tortitas se le atragantaban.

De día y de noche se oía el rodar de tanques y explosiones de cohetes. A mediodía el cielo se llenaba del zumbido de los aviones y los disparos de rifle de los francotiradores. No había electricidad para amplificar la llamada de los muecines. Asmir pensó que los soldados habían bombardeado a Dios.

Después bombardearon la fábrica de chocolate. El olor asfixiante del chocolate llenó los pulmones de Asmir hasta el fondo y le dio asco. El chocolate se quemó, pero su madre volvió a casa. Asmir la abrazó muy fuerte, y esa noche se acostó entre su madre y su padre. Y ya no tuvo malos sueños.

Día tras día, noche tras noche, semana tras semana, siguió la guerra. La abuela se vino a vivir con ellos porque se había quedado sin casa. La carne pasó a ser un lujo, los huevos desaparecieron. Por supuesto, no había chocolate, ni helados, ni refrescos. Luego también se acabó la leche.

En el parque se balanceaban los narcisos y las flores de los cerezos eran una espuma blanca, como la leche que a Muris le gustaba antes echarse en el café. Pero el parque infantil se había convertido en un cráter de bomba y un cementerio. A dos amigos de Asmir los habían matado allí. Otro estaba en el hospital, y para que pudiera volver a andar tendrían que ponerle una pierna artificial.

—Mirsada, en los hospitales no quedan medicinas ni calmantes. Tienes que ponerte a salvo con los niños —le dijo Muris a la madre de Asmir—. Vete antes de que sea demasiado tarde. Aún dejan salir a mujeres y niños. Pero quizá esta noche sea la última.

Asmir vio que la cara de su madre palidecía y que sus ojos se volvían aún más oscuros. Eran como agujeros negros de vacío. Mirsada apretó las manos de su marido.

—Pero Eldar está con fiebre. ¿No podemos irnos mañana, cuando esté mejor?

—En Serbia aún se está seguro. Vete a Belgrado, a casa de tu hermana Melita —dijo Muris.

Asmir quería mucho a su tía Melita.

Su padre le dijo:

—Mete en la mochila los juguetes que más te gusten, y también de Eldar. Y ayuda a tu madre a elegir la ropa, porque no os la podéis llevar toda.

Asmir metió los ositos, su mejor lego y una bolsa de animalitos de granja, el carrito con caballo y ruedas de Eldar, un barco para el baño, cuentos, los lápices de colores y el cuaderno de dibujo. Su madre llenó una maleta hasta arriba con camisetas, vaqueros y pantalones cortos, pijamas, zapatos y calcetines.

Eldar estaba tan inquieto que Mirsada durmió a su lado aquella noche. Así que Asmir durmió con su padre. Daba gusto acurrucarse contra él.

—¿Por qué tenemos que irnos? —preguntó—. Yo no quiero separarme de ti. ¿No puedes venir con nosotros?

—Qué más quisiera —dijo su padre—. La guerra empeora día a día. Yugoslavia se ha dividido. Serbia quiere quedarse con Bosnia. Por eso su ejército nos ha invadido.

Invadir: era una palabra aplastante. Asmir sintió que se le caía encima, como a su amigo le había caído encima la pared. Su padre siguió diciendo:

—Y las mujeres y los niños son los primeros que deben huir.

Huir: una palabra de dar miedo, de salir corriendo. Casi peor que invadir. Su amigo, aquel al que la metralla le arrancó la pierna, no podía correr. No podía andar. No podía huir.

—¿Por qué hay que huir? ¿De quién hay que huir? —La voz de Asmir era un susurro en la oscuridad.

—Nosotros somos musulmanes, Asmir. Y los otros quieren hacer limpieza.

—Pero aquí estamos limpios —dijo Asmir, pensando en la colada que bailoteaba en la cuerda de tender, en los cazos de cobre reluciente que tanto le gustaba frotar a su abuela, en las baldosas brillantes del suelo, en la ropa bien planchada que él se ponía cada día. Acarició la sábana, blanda y suave. Estaba tan suave como las mejillas de su abuela. Y no podía haber nadie más limpio que su abuela—. ¿Por qué quieren hacer limpieza? Pues vaya una manera de hacer limpieza, estropeándolo todo.

Pensó en los cristales rotos, los montones de escombros, las puertas destrozadas y las vigas colgantes de otras casas de su misma calle, los hermosos árboles del parque reventados, partidos, pelados de sus hojas bailarinas, moribundos.

—Y los otros, ¿quiénes son?

Su padre suspiró muy hondo, más hondo que las fosas que Asmir había visto a los hombres cavar en el parque, más hondo que el cráter de la bomba.

—Muchos eran amigos nuestros, Asmir. Otros eran vecinos. Tu madre y yo fuimos al colegio y a la universidad con algunos de ellos. Tus abuelas jugaron con sus padres.

—Entonces, ¿por qué hacen la guerra? No tiene sentido.

—La guerra nunca tiene sentido —dijo Muris con tristeza.

Asmir se estremeció y se apretó más contra él.

—Sufren las personas inocentes. Un día, tu madre y yo volvíamos de trabajar y nos quedamos atrapados entre los disparos de los dos bandos. Nos preocupa pensar qué sería de ti y de Eldar si nos hiriesen.

Asmir se estremeció, tratando de borrar de su memoria la imagen del cartero, tan inmóvil, tan arrugado. Con tanta sangre.

—¿Y a ti también te obligarán a luchar y a matar gente?

Las palabras se le atragantaban. Igual que las tortitas.

—Obligarán a algunos. Pero yo no quiero matar a nadie, Asmir. Voy a ir voluntario a trabajar en un hospital. Hace falta que todo el que pueda ayude a atender a los heridos.

—Yo preferiría quedarme a ayudarte —dijo Asmir.

—Tú también tienes un trabajo que hacer —dijo su padre—. Ahora tendrás que cuidar de tu madre y de Eldar, y de la abuela.

—¿Cuándo volveremos?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

De pronto Asmir se sintió viejo. Viejo y triste. Y muy cansado. Su padre le rodeó con sus brazos. Entonces ya no le importó nada más, y se quedó dormido sobre el hombro de su padre.

Cuando se despertó, en los rayos de sol bailaban motas de polvo. Asmir tosió. Ahora siempre había polvo, por los bombardeos. Tiritó. La

cama estaba fría. Se dio la vuelta. La cama estaba vacía.

—¡Papá! —llamó.

Pero no contestó nadie. Muris se había ido.